

A modo de introducción

Para guía del lector me parece necesario manifestar desde el principio el punto de vista en que se sitúa el presente estudio. No pretendo analizar el pensamiento político-social de Ángel Herrera o su doctrina sobre el periodismo, terrenos suficientes y un tanto unilateralmente recorridos por la bibliografía herreriana. Mi intento es otro: estudiar y resumir sus enseñanzas sobre la vida espiritual, campo que considero desatendido y que, sin embargo, constituye la parcela central de su vida y de sus amores. El Cardenal Herrera Oria se alza en la Iglesia contemporánea de España como uno de los grandes maestros merecedores, por muchos títulos, del esfuerzo de los estudiosos sensibles al valor y actualidad del magisterio del espíritu. Evidenciarlo, en la medida que está a mi alcance, es el propósito que me ha guiado en la no ligera, aunque sí gratísima, elaboración de la presente obra.

Tres motivos de actualidad

Está sucediendo con Herrera Oria algo semejante a lo que ha acontecido con otro maestro del pensamiento católico contemporáneo, Jacques Maritain. Se recuerda y se subraya el magisterio político e informativo de aquel en los años veinte y treinta, y se silencia, o se reduce, o se olvida, cuanto enseñó en la tres últimas décadas decisivas de su vida. Como con Maritain. Se habla de su humanismo, de su concepción del Estado moderno y de su defensa de la democracia, pero apenas si se cita su gran producción metafísica y, sobre todo, cuanto escribió y dijo en sus últimos años, los del posconcilio. Parece como si el interés –justificado– por lo temporal en la doctrina de ambos maestros, eliminara el no menos justificado interés por cuanto enseñaron en orden a los caminos del espíritu en su tiempo y hoy. Romper este silencio y llamar la atención sobre ese

sector del magisterio herreriano que queda, como he dicho, en penumbra, cuando no en densa oscuridad, es el primer motivo que me ha llevado a escribir las páginas que siguen. Motivo que se ha visto recientemente confirmado con las autorizadas palabras del anterior Nuncio de S.S. en España, Monseñor Mario Tagliaferri: «El magisterio espiritual del Cardenal Herrera Oria sigue gozando de una actualidad que sería peligroso desconocer»¹.

Debo añadir una segunda razón. En la actualidad corremos el riesgo, al analizar la obra y el pensamiento de una figura histórica reciente, de acomodar su doctrina y ajustar su comportamiento –de ayer– a la posición, personal o corporativa, del observador de hoy. En lugar de ir al encuentro del contexto dentro del cual se movió y actuó el personaje estudiado –*ibi et tunc*–, intentamos traerlo a nuestro entorno presente –*hic et nunc*–, para juzgarlo a la luz de los afanes, prejuicios o motivaciones del momento actual. Y el riesgo crece sobremanera, cuando las motivaciones subjetivas de ese desplazamiento forzado del ayer al hoy están taradas por prejuicios políticos o ideológicos de cualquier signo. Quienes pertenecen al ayer, aunque sea próximo –y una década reciente equivale a casi medio siglo de antes– tienen perfecto derecho a ser examinados, e incluso juzgados, desde las coordenadas de ese ayer, pero no tienen por qué ser sometidos a conclusiones y condicionamientos posteriores. Opino que, en ocasiones, la imagen de las grandes figuras que nos han precedido, no queda dibujada con su perfil objetivo en el espejo en el que algunos quieren reflejar la obra y el pensamiento del autor analizado.

Herrera Oria habló, escribió, y sobre todo trabajó en los decenios que van del año 10 al año 68 del pasado siglo. En consecuencia, la mayor parte, por no decir la totalidad de su trayectoria vital discurrió por el tramo histórico anterior al Concilio Vaticano II y al giro espectacular que en los años sesenta dieron el mundo, España y la Iglesia en España y en el mundo. Como sacerdote, primero, y como obispo, después vivió y enseñó durante el fecundo periodo que algunos denominan, con deformación notoria e insuficiente fundamento, el nacionalcatolicismo español.

¹ En la presentación del volumen patrocinado por la FUNDACIÓN PABLO VI, *La conciencia social de los españoles*, Madrid 1987, BAC popular 84, p. 14.

Debo anticipar también que mi propósito no es biográfico. No estudio la acción, las obras, la trayectoria vital, las virtudes –indudables y grandes– del Cardenal, tarea, hasta ahora intacta, que queda reservada a sus futuros biógrafos. Me atengo al estudio de sus enseñanzas en el campo de la espiritualidad católica. Las fuentes son asequibles, claras, y, por fortuna, abundantes. Las conocía ya y las he repasado de nuevo con atención, detenimiento y cariño. Y he intentado hacer una primera síntesis con la esperanza de que quienes tengan más tiempo y preparación puedan mejorar, ampliar y aun corregir el trabajo que hoy pongo en manos del lector.

Trazo un panorama, una visión de conjunto. No dedico, ni podría dedicar a un sector de ese panorama la atención monográfica concentrada de un estudio particular. Atiendo a la arquitectura total del edificio, en un intento de síntesis, para lo que he procedido primero a un detenido análisis de todo el material posible. Sacrifico, por eliminación, no pocos elementos, a fin de mantenerme en la línea orgánica de un resumen de fácil comprensión y corto tiempo de lectura. En realidad, este libro representa, o al menos quiere representar, un primer esfuerzo y, sobre todo, una llamada de atención para que otros avancen con mejor pluma que la mía por este territorio del magisterio del espíritu, en el que están las raíces de cuanto fue y significó Herrera Oria en nuestra Iglesia en el pasado siglo. Bien me gustaría ser mero pionero en este campo, hasta ahora no roturado, de la biografía herreriana².

Claves para interpretar las enseñanzas de Ángel Herrera

No está de más apuntar, con la brevedad que una introducción requiere, algunas ideas básicas sobre el método, la manera con que procedía en sus enseñanzas como sacerdote y como Obispo.

Quiso siempre, lo primero de todo, unir la práctica y la doctrina, conciliar la vida y la enseñanza, la realidad y la norma. No buscaba teorías descarnadas y huía del puro pragmatismo. Quería pensamiento y aplicación

² En la sección de guiones homiléticos de *La Palabra de Cristo*, obra fundamental para el estudio de la espiritualidad de Ángel Herrera, aparece toda una serie de tratados monográficos, que bien merecen estudio particularizado y que justificarían una edición aparte. Me refiero, entre otros, a los tratados sobre la predicación sagrada, la tolerancia y el derecho público cristiano, la democracia, etc.

del mismo a la realidad³. Insistía en el estudio y la consideración, para orientarlos a la praxis. Su magisterio no es obra de gabinete ni elucubración de teólogo. Es esfuerzo mental, sostenido y serio, por canalizar con eficacia y acierto la vida del espíritu. En este sentido fue más director o maestro de almas que tratadista de esquemas e inducciones alejadas de la realidad inmediata⁴. Quiso siempre proyectar la nitidez de los principios al campo de lo contingente: bajar «del orden de los principios a la región de lo prudencial y razonable»⁵.

Buscó en todo momento, y aquí está la segunda norma básica de su metodología, el formar estados de conciencia correctos y dinámicos en la sociedad y en la Iglesia⁶. Consideró «deber sagrado» «el deber de formar las conciencias»⁷, y «modelar según la doctrina de la Iglesia la conciencia ciudadana de los fieles confiados a su vigilancia pastoral»⁸. En cierto modo se le puede aplicar lo que él dijo en elogio del Cardenal Guisasola, al calificarlo, con fundamento, de hombre «incomprendido y perseguido»⁹. Confesaba: «Ciertamente, yo no podré estar satisfecho del fruto de mi predicación social, pero tengo la conciencia tranquila de haber ampliado hasta el límite prudencial en ese terreno mis deberes pastorales»¹⁰.

En su magisterio de espíritu no fue, ni pretendió ser, original. Repitió sustancialmente la doctrina común recibida: doctrina básica, permanente, sólida, de textura realista y granítica en los sumos principios y en los grandes criterios rectores del comportamiento cristiano coherente. Ajustado al tiempo, pero fiel al Señor de todos los tiempos.

Siempre atendió a las grandes raíces, la savia original, el hontanar primero. Por eso, el Nuevo Testamento y todo el Antiguo, particularmente los Salmos –libro de oración– y los Profetas –maestros de la geografía del espíritu–, fueron objeto constante de su estudio, análisis y meditación. Y dentro del Nuevo Testamento, los cuatro Evangelios y el epistolario de San Pablo se convirtieron de por vida en el punto central preferente de su

³ Cf. D 182.

⁴ Cf. O 758.

⁵ D 188; cf. D 205-206.

⁶ Cf. D 210.

⁷ O 584.

⁸ D 270.

⁹ D 73.

¹⁰ D 76.

atención. El Apóstol de los gentiles está omnipresente en la espiritualidad herreriana. Lo llevaba en el corazón, lo retenía en la memoria y lo aducía sin cesar en sus escritos y predicación.

Entre los Padres, vehículos de la gran Tradición, el Crisóstomo entre los orientales y San Agustín entre los de Occidente, captaron sus preferencias. Y en el cuadro de los grandes teólogos hay que mencionar a Santo Tomás de Aquino cuya *Suma de teología* fue para él libro de consulta casi diaria y cantera inagotable de reflexión asimiladora.

Y luego, y este es el sector capital de las fuentes herrerianas que aquí importa destacar, la gran terna de sus autores predilectos. Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola y San Juan de la Cruz. De ellos hizo el uso que el gran poeta latino aconsejaba: *Nocturna versate manu, versate diurna* (tenedlos a la mano de día y de noche). Puede afirmarse con fundamento que el tono y la estructura de la espiritualidad herreriana fueron en su formulación y sentido tan ignacianos como carmelitanos, aunque San Ignacio le ofrecía un dinamismo activo de lucha que encajaba perfectamente con la psicología y el ambiente del fundador de los Propagandistas y *El Debate*¹¹.

Pero en algo sí fue original respecto de sus fuentes. No le interesaron los problemas técnicos de la exégesis textual, ni las cuestiones de pura escuela. Buscaba la base firme de la doctrina segura para lanzar a sus hombres a la acción. Y en este esfuerzo de aplicación de los grandes criterios y de los sumos principios a la vida activa resultó profundamente original y aun singular. Porque respetó siempre y amó de corazón cuanto su época le brindaba para el apostolado. Defendió el criterio de una sana reconciliación con los tiempos, salvando sin miedos, ni escrúpulos,

¹¹ Como apunte para determinar la extraordinaria presencia de la espiritualidad ignaciana en la doctrina herreriana, agrupo aquí algunos datos. Comentario al Principio y Fundamento de los Ejercicios (P 7, 353 y ss.; 6, 665-683); a la contemplación del Rey temporal (P 3, 518.526); a la meditación de las Dos Banderas (P 3, 519; 527); a la contemplación para alcanzar el amor (P 7, 355; 791); a los tres binarios (P 3, 528; 5, 1.073); a los tres grados de humildad (P 3, 528); a los tres tiempos para hacer sana elección (P 1, 346 y ss.; 9, 215; 6, 683; 9, 214 y ss.); a las reglas para ordenarse en el ministerio de dar limosnas (P 1, 227); a las reglas para discreción de espíritus (P 3, 529; 5, 192). Analizó los Ejercicios ignacianos en su conjunto (P 6, 1108 y ss.) y subrayó siempre su valor como tratado de prudencia sobrenatural y humana (P 6, 683). Sobre la técnica de la aplicación de los sentidos (P 9, 91 y ss.) y la capacidad de los Ejercicios para la formación y mantenimiento de hombres de carácter escribió Herrera Oria páginas impecederas (P 2, 856).

ni exageraciones, ni cesiones indebidas, el caudal de lo permanente. Fue intransigente y comprensivo, duro y blando, cera y diamante. Y es lo que algunos no comprendieron y otros no comprenden todavía.

Por último, en este punto de las fuentes, otros grandes nombres podrían añadirse, que en gracia de la brevedad he de omitir, aunque quiero mencionar dos autores: San Juan de Ávila, entre los españoles, y el inmenso Bossuet, entre los franceses. Abrigo la esperanza de que pronto esta vía de espiritualidad pueda ser objeto de estudios monográficos, que determinen cualitativa y cuantitativamente el capítulo de las fuentes o autores en que Ángel Herrera fundamentó su doctrina espiritual.

Insisto en un matiz que acabo de apuntar. El Cardenal de Málaga fue uno de los hombres de nuestra Iglesia, en la España contemporánea, que nunca lanzó anatemas universales sobre su generación. Diagnosticó decadencias. Fustigó fariseísmos. Combatió corrientes degradantes. Pero nunca declaró la guerra total a la época que le tocó vivir. Dejó siempre a salvo y trató con aliento de buen samaritano al hombre contemporáneo, destinatario –también él– del mensaje evangélico. Alentó sus indudables progresos. Amplió hasta el máximo posible su capacidad elástica de comprensión cristiana, pero sin derivar a los terrenos fáciles de la cesión indebida y de la componenda moralmente inaceptable. No temió al adversario. Luchó siempre. Combatió con amor y fidelidad, respetando al hombre y salvando, por encima de todo, las exigencias inexcusables del Evangelio. Administrador fiel de los dones que de Dios recibió, consagró su vida a la transmisión fidelísima del mensaje de Cristo a todos los hombres, a los de casa y a los de fuera. Intentó traer al redil los rebaños alejados, sin violentar las conciencias, pero sin incurrir en traiciones a sus deberes de sacerdote y obispo.

Y digo esto, porque existe el peligro de que su doctrina espiritual pueda ser interpretada unilateralmente, con notorio desequilibrio. Dos datos hay que conjugar a este propósito: su voluntad de acercamiento cordial, como buen pastor, al hombre, a todos los hombres; y su inequívoco rechazo, diáfano y contundente, de los desmanes no leves de la civilización contemporánea.

Ambos datos son reales. Si el analista se concentra en uno de ellos, subrayándolo, y relega el otro a segundo plano, la perspectiva del cuadro queda desenfocada. El relieve y los perfiles del dato destacado cobran

sobresaliente nitidez, pero a costa del otro elemento, cuyo dibujo y presencia resultan difuminados, borrosos, cuando no perdidos o fuera del cuadro. Predomina hoy entre los pocos estudiosos de la doctrina de Ángel Herrera la atención sobre el dato de su acercamiento al hombre, sin sensibilidad bastante para destacar también el elemento fuertemente crítico de su doctrina. Es cuestión de óptica de espíritu, cuya correcta graduación sólo puede lograrse por sintonía profunda, vivida, con la totalidad del pensamiento del autor estudiado. Es más cuestión de inteligencia en la fe que de análisis políticos o de determinaciones sociológicas.

El riesgo de desenfoque aumenta con la tendencia, que ya he señalado, de quienes pretenden, no sin buena voluntad a veces, acomodar las circunstancias y los comportamientos del ayer cercano a la coyuntura presente, olvidando la norma elemental del esfuerzo historiográfico que aconseja, e incluso exige, acercarse al ayer procurando entrar en el clima del pasado y no trayendo éste al presente huidizo, partidista e interesado. Esta norma aumenta de valor cuando la época analizada no queda a suficiente distancia del espectador, sino que forma parte aún de nuestro presente, por razón de su inmediata cercanía. Para el analista, y sobre todo para el juicio histórico ponderado, importa sobremanera que se dé y se respete cierto glacis de separación entre el sujeto -historiador- y el objeto -la época historiada-. De lo contrario se incurre en el defecto, frecuente en historiadores noveles, de miopía, esto es, ver con nitidez lo inmediato, lo de hoy, y no divisar con claridad lo de ayer, el horizonte, la distancia.

Debo añadir una ulterior acotación metodológica. El magisterio que intento exponer abarca el panorama entero de la vida espiritual. Tiene presentes todos los estados de la vida cristiana. Con terminología del Concilio Vaticano II, cabe afirmar que tenía ante sus ojos todos los elementos, que integran el Pueblo de Dios: el ministerio de Pedro, el episcopado, el clero, los institutos de vida de perfección, la familia, los seglares. Por otra parte, y con idéntico sentido de totalidad, atiende en sus enseñanzas a todos los niveles de la vida cristiana: los que dependen de nuestro esfuerzo personal, con la ayuda siempre de la gracia, y los que se despliegan en virtud de la acción divina directa, especial, sobre las almas. En otras palabras, la doctrina espiritual del Cardenal abarca los grados propios de la ascética y las elevaciones místicas eventuales del espíritu humano. No padeció, como algunos

han dado a entender, fobias antimísticas. Todo lo contrario. En sus grandes maestros aprendió que las vías de la vida mística están abiertas siempre a la respuesta generosa de cuantos buscan seriamente la santidad. Y predicó con lúcida insistencia que la contemplación, incluso en sus grados más altos, se concilia con el dinamismo sacrificado de la vida activa.

Progreso y conservación

No debo eludir en esta introducción una pregunta que aunque sobrepasa, hasta cierto punto, la materia propia de este estudio, puede y aún debe ser incluida aquí por evidentes motivos de afinidad temática: ¿fue Herrera Oria conservador en el campo de la espiritualidad?

Nunca se plegó al fácil y desorientador mundo de las etiquetas. Estuvo siempre por encima de éstas. Ni las buscó, para agradar, ni las temió, por cuanto hizo o dijo. Supo conservar lo que merecía y debía conservarse. Y supo estar abierto en todo momento a los logros del progreso genuino. Practicó –como he dicho– el sabio criterio de la reconciliación con su época, sin aceptar el expediente frívolo de la almoneda atolondrada de la herencia histórica. Y este criterio vale también, y primordialmente, en lo que toca a su magisterio de espíritu.

Porque el *quid* de la cuestión está en el contenido objetivo del verbo «conservar». Este es un verbo cuya acción pertenece al diccionario fundamental de la vida, tanto civil como religiosa, en lo particular y en lo colectivo. Y tratándose de la vida cristiana, de la espiritualidad católica, tal verbo es absolutamente necesario por imposición biológica del espíritu humano y por precepto divino positivo. Se podrá discutir si la aplicación del criterio de la conservación resulta excesiva o parca en cada situación histórica dada. Pero ni en la vida de los individuos o de los pueblos, ni en la vida de la Iglesia, puede prescindirse de ese verbo. Quien no conserva, no vive. Eliminar por completo el pasado es, además de imposible, suicida. No hay identidad sin asunción –mayor o menor– de la herencia recibida. Desprenderse del verbo conservar equivale a reducirse a la impotencia y a la nada. Otra cosa, y muy distinta, es conservar «a ultranza».

Porque Herrera no fue conservador a ultranza. Aceptó, y cordialmente, lo bueno de los tiempos nuevos. Y el progreso real por supuesto. Lo nuevo

real, fecundo, no la apriorística y sectaria aceptación de lo moderno por ser pura y simplemente moderno. No fue progresista. Fue amigo del progreso, del enriquecimiento que los tiempos aportan, y por lo mismo no eludió, antes practicó, el rechazo vital de cuanto bajo el nombre de progreso es, en realidad, retroceso envilecedor. Ser progresivos; «pero para reformar es preciso partir siempre de la tradición nacional y de la realidad existente»¹².

Exhortó en sus predicaciones «a demoler todas las posiciones del conservadurismo egoísta»¹³ e hizo suyo el programa de derribo gradual del conservadurismo anticristiano¹⁴ «ciego y petrificado»¹⁵. Y por ello precisó una y otra vez el significado exacto del progreso humano, el cual «consiste en liberar al hombre inferior de la opacidad de la ignorancia por medio de las luces del espíritu», como ha hecho la Iglesia a lo largo de la historia¹⁶. Es este conocimiento creciente el que convierte a la masa gregaria en pueblo, el que evita que la masa degenera en turba. El hombre necesita un cupo de sana aceptación de lo tradicional para llevar a cabo un progreso genuino¹⁷.

La ciencia, por ejemplo, avanza, porque retiene y conserva las conquistas anteriores confirmadas por la experiencia. Las hipótesis caen. Lo comprobado es lo que queda y eso que queda es lo que hay que conservar. Por eso, el científico sabe unir tradición y novedad. Más aún, a su psicología profunda pertenece tanto el reconocimiento humilde del error cometido como la afirmación diáfana de lo antiguo confirmado. Sin ese juego no se da la verdadera ciencia. Y lo que se dice de la ciencia, cabe afirmarlo de la vida social y también de la vida profunda del espíritu.

Ángel Herrera en la España contemporánea

Aquí podría concluir esta breve introducción. Pero debo añadir un sucinto complemento informativo sobre la vida de don Ángel Herrera: su personalidad, su trayectoria vital, sus obras. Para las generaciones jóvenes, propicias, sobre todo por presiones ambientales, al olvido del pasado,

¹² O 210; Cf. D 196.199.

¹³ D 214.

¹⁴ Cf. D 211.

¹⁵ D 196; cf. D 47.

¹⁶ P 5, 366.

¹⁷ Cf. P 5, 367.

incluso del más inmediato, el nombre del Cardenal Herrera Oria puede no suscitar eco alguno. Importa, por ello, exponer, en recorrido sumario, quién fue, qué hizo y qué ha supuesto en la España contemporánea¹⁸.

Nació Ángel Herrera en Santander el 19 de diciembre de 1886. Murió en Madrid el 28 de julio de 1968. Fue el décimo de los trece hijos de la familia patriarcal formada por José Herrera Airora, montañés, y Asunción Oria, madrileña. Cursó los estudios de bachillerato en el colegio de San José, de los Jesuitas, en Valladolid. En 1905 se licencia en Derecho. Dos años más tarde ingresa por oposición en el Cuerpo de Abogados del Estado. Concluye en Salamanca la licenciatura de Filosofía y Letras. En 1908 se doctora en Derecho y pide la excedencia como abogado del Estado, tras unos meses de ejercicio en Burgos. Tiene veinticuatro años y su vida se orienta definitivamente hacia el apostolado. Cuatro de sus hermanos habían ingresado en la Compañía de Jesús.

De 1909 a 1936 Ángel Herrera se consagra por entero al apostolado seglar en España. El 15 de diciembre de 1909 funda, bajo la dirección del P. Ángel Ayala, S. I., y el decidido apoyo del entonces Nuncio en España, Mons. Antonio Vico, la Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas. Es elegido presidente de la misma por unanimidad.

El 1 de noviembre de 1911 aparece *El Debate*, dirigido por el joven Ángel Herrera, quien se incorpora así, no sin ciertas resistencias previas vencidas por la obediencia a Roma, al periodismo católico moderno. Al año siguiente, el 2 de noviembre, se crea La Editorial Católica, S. A., propietaria de *El Debate*, operación en la que intervino, como equipo promotor, un grupo de eminentes católicos bilbaínos, agrupados en torno a la benemérita, y hoy desaparecida, *La Gaceta del Norte*. En 1926 Ángel Herrera puso en marcha la Escuela de periodismo de *El Debate*, iniciativa de nueva planta en nuestro mundo periodístico, que subsistió hasta julio de 1936.

A lo largo de todos estos años Ángel Herrera despliega una impresionante actividad simultánea de promoción y estímulo de numerosas iniciativas católicas de la época. Apoya –y se vio apoyado por ellos– al grupo aragonés de la Democracia Cristiana y a los pioneros clarividentes de las

¹⁸ «Ángel Herrera ha sido el sumo protagonista de la instalación del catolicismo español en el siglo XX; con más precisión, en la primera mitad del siglo XX» (PEDRO LAÍN ENTRALGO, Ángel Herrera, artículo publicado en el diario *YA*, edición del 31 de julio de 1968).

Semanas Sociales de España. Intervino en 1919 en el esfuerzo creador de la Confederación Nacional de Estudiantes Católicos, la cual habría de convertirse bien pronto en fecunda cantera de hombres espléndidos para la redacción de *El Debate*. Presta, desde la A. C. N. de P. y desde el periodismo católico, ayuda generosa a la Confederación Nacional Católico-Agraria. En 1921 participa en el establecimiento en España del movimiento europeo «Pax Romana». Tres años después colabora en la creación de la Juventud Católica Española.

En 1931 crea, con motivo de la proclamación de la segunda República Española, el movimiento ciudadano Acción Nacional, que luego habría de convertirse en partido político, Acción Popular, núcleo impulsor y catalizador de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), de la que fue primer y único presidente José María Gil Robles. En 1933 colabora Ángel Herrera con Fernando Martín Sánchez, otra gran figura olvidada del catolicismo español de la primera mitad de este siglo, en la fundación del Centro de Estudios Universitarios (CEU); promueve el Instituto Social Obrero; crea la Universidad de Verano de Santander, en el Seminario de Corbán; y pone en marcha la Biblioteca PAX, dirigida por el monje benedictino de Silos, don Rafael Alcocer.

Este año 1933 registra un cambio de actividades en el apostolado seglar de Ángel Herrera Oria. El 8 de febrero abandona la dirección de *El Debate* y pasa a ocupar la presidencia de la Junta Central de la Acción Católica Española. Una vez más la obediencia, cordialmente y sacrificadamente abrazada, le lleva a aceptar el cambio. Ángel Herrera se convierte en el creador e impulsor de aquella inolvidable Acción Católica que adquirió desde el primer momento un dinamismo nuevo impresionante, que la llevaría a dar, con motivo de la Guerra Civil, un ejemplar testimonio de fidelidad, hasta el martirio, en no pocos de sus socios.

Los comienzos del crucial año 1936 abrieron el segundo gran período en la vida de Ángel Herrera. Deja el apostolado seglar y se adentra por los caminos del sacerdocio. No hay cambio subjetivo esencial. Sigue su camino de siempre. No era decisión improvisada. Su génesis venía de años atrás. Siempre pensó en hacerse sacerdote. Pero la obediencia le mantuvo hasta ese año en actividades de apostolado seglar. El propio Papa Pío XI le había retenido en el campo del periodismo católico. Él le había pedido

personalmente su traslado a la Acción Católica. Y él, desde Roma, le abría ahora paso franco para el sacerdocio. En mayo de 1936, Ángel Herrera marcha a Friburgo, Suiza, a estudiar la teología en el Albertinum, la Universidad católica regida por los Padres Dominicos. Hace allí los cuatro cursos teológicos. Y el 28 de julio de 1940 es ordenado sacerdote.

En 1943 el Obispo de Santander le nombra coadjutor de la parroquia de Santa Lucía, en la capital de La Montaña. Ángel Herrera se consagra a la predicación –ministerio del que tuvo siempre sobresaliente estima–, a dar Ejercicios, al apostolado en el barrio mariner de Maliaño y a la formación de sacerdotes en la doctrina social de la Iglesia. En ese mismo año interviene, en el otoño, de manera decisiva en la configuración de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), fundada por dos seglares, Máximo Cuervo y José María Sánchez de Muniáin.

El 24 de abril de 1947 Pío XII nombra a Ángel Herrera Obispo de Málaga, y el 30 de junio siguiente recibe la consagración episcopal de manos del Nuncio, Mons. Cicognani. En 1949 es designado Consiliario Nacional de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, dirigida desde 1933 por su entrañable amigo Fernando Martín Sánchez Juliá. En 1952 crea el Instituto Social León XIII con sede en Madrid. De 1952 a 1956 publica en la BAC, con la colaboración de un equipo de especialistas, su magna obra en diez densos volúmenes *La Palabra de Cristo*, vademecum completo, moderno y fiel de la predicación sagrada ordenada según los tiempos del antiguo año litúrgico.

En 1958 se le nombra presidente de la Junta de Gobierno, órgano capital, singular y sustantivo de La Editorial Católica, S. A. De 1962 a 1965 acude como Obispo de Málaga a todas las sesiones del Concilio Vaticano II, pero se ve impedido de asistir a la mayoría de las congregaciones por la grave enfermedad que va minando su organismo y le obliga a guardar absoluto reposo. Sin embargo, en 1963 funda la Escuela de Ciudadanía Cristiana, institución que en su propósito serviría de complemento al Instituto Social León XIII y actuaría como seminario de vocaciones católicas para la vida pública y para la vida social en general.

El 25 de enero de 1965 Pablo VI nombra al Obispo Herrera Oria Cardenal de la Santa Iglesia Romana. Año y medio después, el 27 de agosto de 1966, el Papa le acepta la renuncia a la diócesis de Málaga, al cumplir don Ángel

los setenta y cinco años. Dos años más tarde, el 28 de julio de 1968 muere en Madrid, en su habitación del Instituto Social León XIII, colindante con la Capilla, en la que estaba reservado Quien fue el gran Dueño de su vida, el motivo supremo de sus quehaceres y también su consolador en la soledad de los últimos meses.

Creo que la sucinta narración que he hecho, resulta por sí misma elocuente. No necesita apoyaturas encomiásticas. Si se me pidiera un retrato moral de Ángel Herrera diría en pocos rasgos que fue, lo primero de todo, un profundo y consecuente hombre de fe, un genuino creyente a lo Abrahán. Hombre de hondísima vida interior y de excepcional capacidad organizadora para la acción, unió en su persona, en su carisma institucional y en sus obras, las partes de Marta y María. La confianza en Dios fue el secreto de su fortaleza. Tuvo siempre en altísima estima la obediencia, para la cual encontró en la virtud de la humildad fuente inagotable e insustituible. Quiso servir y sirvió siempre a la Iglesia católica, con cariño de hijo agradecido, con espíritu de sacrificio y permanente desinterés. Exigente consigo mismo, lo fue con sus colaboradores, a los que estimaba y estimulaba con delicadeza y cariño. No supo lo que era el ocio. Trabajador incansable, daba todo el tiempo necesario para el estudio analítico de los problemas, pero una vez tomada la decisión la ejecutaba sin demoras. Odiaba la rutina. Fustigaba los residuos eventuales del fariseísmo y quería en todos alma de apóstoles entusiastas, no de mercenarios que buscan sólo o principalmente el propio provecho. Supo lo que era el éxito y no se envaneció. Conoció también los fracasos y los desengaños, pero no le desanimaron.

Este era el hombre, sacerdote, Obispo y Cardenal, cuyo magisterio de espíritu intento exponer en los capítulos que siguen.